

«A decir verdad, Sara no necesita provocación ninguna para hacer bailar a los demás al son que le conviene».

Dan Smith, alumno del Colegio Internacional La Quinta

Y SIN EMBARGO FUE UN CRIMEN



ELVIRA MENÉNDEZ

**Y SIN EMBARGO FUE
UN CRIMEN**

**Y SIN EMBARGO FUE
UN CRIMEN**

ELVIRA MENÉNDEZ

edebé

© Elvira Menéndez, 2026

© Edición: Edebé, 2026

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

edebé.com

Directora de Publicaciones: Reina Duarte

Editora: Elena Valencia

Coordinación de la producción: Elisenda Vergés-Bo

Diseño de la colección: Aurora Iraita

1.^a edición, septiembre 2026

ISBN: 978-84-683-7733-9

Depósito legal: B. 2270-2026

Impreso en España / Printed in Spain



Queda terminantemente prohibido cualquier uso de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa. El autor y el editor se reservan todos los derechos de licencia de uso de esta obra para dicho fin y para el desarrollo de modelos lingüísticos de aprendizaje automático.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*A los que sufren acoso,
y a los que los defienden.*

*También a aquellos cuyos nombres
he usado en esta historia,
todos ellos muy queridos.*

Agradecimientos

A Miguel Hernández, que me informó acerca del funcionamiento de una comisaría y del lenguaje policial, y que no dudó en leer esta historia varias veces para corregir mis fallos en ese terreno.

A mis entrañables amigos José Luis Varea y María Rosa Sáez, que, como en ocasiones anteriores, corrigieron este texto y me dieron su opinión. ¡No sé qué haría sin su ayuda!

A mi hijo Pablo, que, con una paciencia infinita, lee mis historias una y otra vez, me aconseja, me ayuda a corregirlas y me anima cuando no sé cómo continuar.

Y a mi marido y a mi hija, que leen siempre mis relatos con atención.

Pablo Álvarez «Polo»,
alumno del Colegio Internacional La Quinta

—Vamos a ver, te gusta esa chica, pero no te has atrevido a decírselo porque es rica.

—Hay cosas más importantes que el dinero, inspectora.

—Pero son muy caras, chaval.

El sarcasmo de aquella mujer me sacó de quicio. ¿Qué derecho tenía a insinuar que estaba acomplejado con respecto a Sara? Sin embargo, tuve que reconocer que era lista: con lo poco que acababa de contarle, había sabido meter el dedo en la llaga.

* * *

Esa mañana, preocupado porque llevaba una semana sin saber nada de Sara, había decidido saltarme las clases e ir a la comisaría a denunciar su desaparición. Un agente me condujo a aquella especie de caja de zapatos enyesada en la que solo cabían una mesa, dos sillas y un perchero de los tiempos de mi abuela: el despacho de la inspectora. No digo que fuera fea; en sus años jóvenes debió de ser atractiva, pero ya no cumpliría los cuarenta, quizá tampoco los cincuenta. ¡Era una *boomer*!, y, para la gente de mi edad, después de los treinta ya no hay cuenta. Para colmo, llevaba

un ancho jersey de lana gris que, a juzgar por sus muchas pelotillas, era más viejo que las pirámides.

Me recibió con una sonrisa agria, como molesta porque la apartara de sus ocupaciones.

—Inspectora jefa Aurora Pardiñas. ¿Cuál es el motivo de tu visita?

—Vengo... a denunciar la desaparición de una chica —balbuceé, intimidado por la descarada inspección ocular que aquella mujer hacía de mi persona.

—¿Tu novia?

Ya me hubiera gustado que Sara fuera mi novia.

—No, una compañera de colegio —contesté.

La inspectora jefa arrastró hacia sí el teclado del ordenador.

—¿Cuándo desapareció? ¿Anoche?

—Hace una semana.

Se irguió en el asiento y enarcó las cejas.

—¿Y su familia no la ha echado de menos? ¿No ha denunciado su desaparición?

Me encogí de hombros. Yo tampoco me explicaba la desidia de los padres de Sara. Claro que su familia era... muy peculiar.

—¿Nombre?

—Pablo Álvarez Fernández, aunque en el colegio me llaman Polo.

Me miró con las cejas en alto, como si ser tímido fuera sinónimo de ser idiota.

—Me refiero al de la chica desaparecida.

—Sara Mir Ortiz.

Cuando terminó de teclear, me preguntó:

—¿Su dirección?

Me encogí de hombros.

—Solo sé que vive en una urbanización llamada La Quinta.

La inspectora silbó. La Quinta es una de las zonas residenciales más exclusivas del país.

—¿Cuándo la viste por última vez?

—La noche del jueves al viernes, durante la celebración de la fiesta de Halloween a la que asistimos toda la clase.

—¿Tus compañeros no la han echado de menos?

—Son un poco... pasotas. Van a lo suyo... No se preocupan...

—Te gusta esa chica, ¿verdad?

Negué con la cabeza, aunque no debí de hacerlo con la suficiente firmeza, porque hizo un gesto de incredulidad que me obligó a sincerarme.

—Bueno, sí. Pero ella no lo sabe. Nunca me he atrevido a... decírselo.

Enrojecí hasta las orejas. Me sentía ridículo por permitir que aquella mujer me sonsacara acerca de mis sentimientos por Sara, que ni venían a cuento ¡ni tenían por qué importarle!

—Tranquilo, chaval. Los cobardes sirven para más guerras.

Traté de hacerle entender por qué Sara me parecía inalcanzable.

—Es la más guapa del colegio y... muy rica. Bueno, sus padres lo son. Los míos no es que sean pobres. Pero no vivimos en un chalet como la mayoría de mis compañeros. Acabé en ese colegio tan pijo porque no había plazas en los institutos del pueblo.

—Tranquilízate y explícame todo desde el principio —dijo la inspectora en un tono más amable.

—Hará dos semanas, después de un partido de *rugby*, Dan comentó en los vestuarios que este año Halloween caía en jueves y, como sus padres se iban de puente, podíamos hacer una fiesta de disfraces en su casa.

—¿Dan es un apodo?

—No, es su nombre auténtico. Su abuelo es inglés.

—¿Cuál es su nombre completo?

—Dan Smith González.

—¿Es tu amigo?

—No es que seamos íntimos, pero nos sentamos juntos... a veces.

—¿Qué ocurrió con la fiesta? ¿Llegó a celebrarse?

—Sí, a mis compañeros les encantan las juergas y acogieron la idea con entusiasmo. Al final, se apuntaron amigos, hermanos, primos... Total, que organizarla se volvió un lío para Dan. Menos mal que él tiene cabeza para los *business*.

—¿A qué negocios te refieres?

Estaba claro a lo que me refería, pero se ve que los mayores no entienden nuestro lenguaje.

—A los números que tuvo que hacer para calcular la cuota por barba, después de haber comprado las bebidas y lo demás. A encargarse de escoger la música... Por cierto, consiguió que un amigo rapero fuese a cantar gratis. Fue una fiesta alucinante.

—¿Dónde vive Dan?

—En La Quinta también. Es vecino de Sara. Aun-

que la zona donde está su chalet es algo menos... exclusiva.

—¿Cobró Dan por su trabajo?

—No lo creo. Me consta que empleó la recaudación en comprar lo necesario.

—¿Qué entiendes por «lo necesario»? —El tono suspicaz de la inspectora me desconcertó.

—Los refrescos, el hielo, los *snacks*, las servilletas, el papel higiénico, ¡yo qué sé!

—¿No hubo drogas?

Así que se refería a eso.

—No.

Se me quedó mirando fijamente.

—Debes decir la verdad, Polo.

—Yo no tomé drogas ¡ni las he tomado nunca!

—¿Y los demás?

—Si lo hicieron, no me enteré. Pero no creo.

—¿Tampoco hubo alcohol?

—Bueno, alcohol, sí. A medianoche algunos tenían un buen pedo..., aunque controlado. —Vi que la inspectora levantaba las cejas—. Quiero decir que ninguno perdió el conocimiento ni se puso a hacer barbaridades, como pasa en otras fiestas.

—¿Asistes a muchas, Polo?

Me ofendió su tono de incredulidad.

—Mi nombre es Pablo, solo mis amigos me llaman Polo.

El haberla puesto en su sitio me hizo sentir un poco mejor.

La inspectora unió las yemas de los dedos de ambas manos y apoyó la barbilla sobre los índices.

—Háblame de esa chica y de cómo desapareció.

—Sara llegó a la fiesta bastante tarde. Más o menos sobre las doce y media de la noche. Habíamos puesto como norma disfrazarnos de víctimas con heridas sangrantes: hachas clavadas en la cabeza, labios cortados..., cosas así. Yo usé un tutorial de internet para maquillarme un ojo como si me lo hubieran machacado en una pelea. Lo tapé con una capa de látex muy fina, pegué encima grumitos de harina, que teñí de rojo para que parecieran sangre coagulada, y le añadí gotitas de látex. ¡Me quedó genial! Parecía un ojo reventado del que goteaba una especie de moco verdoso.

—Repugnante.

—Esa era la intención.

—Vuelve a Sara.

—Llegó a la fiesta con un vestido de tul blanco tan vaporoso que, cuando se movía..., parecía volar.

—Muy poético. ¿Llevaba algún otro elemento llamativo?

—Unos guantes hasta los codos, y una diadema de perlas.

—Vamos, que se presentó vestida de princesa...

—Bueno, más bien de Blancanieves. Se había puesto un maquillaje blanco de un dedo de grosor en la cara. ¡Pero... estaba guapísima! Más que nunca. Al verla... yo...

—¿Tuviste una... inflamación?

Reaccioné con una mueca de rabia.

—Perdona la broma, chaval. Continúa.

—Varias chicas quisieron impedir que Sara se quedara en la fiesta porque había incumplido el requisito

de disfrazarse de víctima. Pero ella se abrió el chal y nos mostró un estilete muy fino clavado en el estómago. ¡Una pasada de maquillaje!

—¿La notaste rara esa noche?

—No, estaba alegre, como siempre. No paraba de coquetear.

—¿Contigo?

Negué con la cabeza.

—Intenté invitarla a bailar..., pero siempre se me adelantaban otros. Era la chica más espectacular de la fiesta... y, claro, tenía muchos pretendientes. Ni siquiera hizo caso a Dan.

—¿A Sara Mir le gusta Dan?

—Dan les gusta a todas... Es un *bae*... —La inspectora puso cara de no saber qué era, y se lo aclaré: *Bae*... viene de *before anyone else*, que significa ‘antes que nadie’. Eso es Dan para las chicas del colegio.

—¿Cuándo viste a Sara por última vez?

—A eso de la una de la madrugada. Vi que salía sola al jardín y la seguí. Se sentó en un banco. «Hola», le dije. No contestó. La noté... extraña. Lo achiqué a que estaría agotada de tanto bailar. «¿Cansada?», le pregunté. Se derrumbó sobre el banco. «¿Qué te ocurre, Sara?». No me respondió. La zarandeeé, pero ni siquiera abrió los ojos. «¡Llamad a un médico!», grité. Como la música estaba muy alta, mis compañeros tardaron en reaccionar. Cuando nos disponíamos a llamar a una ambulancia, Sara volvió en sí y dijo que se había mareado a causa del calor. Advertí que tenía la voz ronca e insistí en que fuéramos al médico, pero ella aseguró que se encontraba bien. Se di-

rigió de nuevo a la fiesta y estuvo bailando durante una hora más o menos. Después, se esfumó.

—¿Cómo que se esfumó?

—Desapareció sin decir nada ni despedirse de nadie. Pedí a mis compañeros que me ayudasen a buscarla, pero a esas alturas estaban todos medio lacasitos, o sea, afectados por el alcohol, y me contestaron que se habría perdido en el piso de arriba con algún ligue. Un rato después, regresé al jardín porque..., bueno, no soy de bailar..., y vi su chal tirado en el suelo.

—¿Qué hiciste con él?

—Lo dejé doblado sobre el banco y mandé a Sara un mensaje diciéndole dónde estaba. Pero no lo abrió. Traté de ponerme en contacto con ella a la mañana siguiente y el domingo, pero ni leyó mis mensajes ni me cogió el teléfono.

—¿Y no se te ha ocurrido que quizá no quisiera hablar contigo?

—Varios compañeros me comentaron que tampoco había respondido a sus mensajes. «El lunes, cuando nos veamos en el colegio, le diré dónde dejé el chal», pensé. Pero Sara no vino a clase el lunes... ni el martes, ni tampoco ayer.

—Puede que se haya ido de viaje.

—Desde la tarde de Halloween no ha subido nada a las redes sociales, ni tan siquiera fotos de la fiesta.

Esto último pareció alarmar a la inspectora más que todo lo que le había contado, porque se inclinó bruscamente hacia mí.

—¿Es muy activa en las redes?

—No para de subir fotos y vídeos. Nunca menos de quince al día.

La inspectora se pasó la mano por la boca un par de veces.

—Bien, haremos algunas pesquisas para averiguar dónde está y si le ha sucedido algo. Deja tu número de móvil a mi ayudante, el inspector Varea. Es el que te trajo a mi despacho. Su mesa está nada más salir, a la derecha.